



CHOQUE VS ALIANZA DE CIVILIZACIONES

José Carlos Fernández Ramos

UNED

Resumen

El presente artículo pretende añadir un granito a la excelente literatura sociológica que se viene produciendo en los últimos tiempos y que tiene como herramienta metodológica el análisis metafórico de los discursos. Concretamente se analizan dos conceptos ideológicamente enfrentados: choque vs alianza de civilizaciones. Tratamos de encauzar el principio de un análisis de los imaginarios colectivos que amparan ambas concepciones.

La teoría que subyace a la expresión del *choque de civilizaciones* fue una creación conjunta del orientalista británico Bernard Lewis (nostálgico del British Empire), el estratega estadounidense Samuel P. Huntington colaborador, de la CIA en los años 70 (golpe contra Allende y a favor de la dictadura argentina) y el consultor francés Laurent Murawiec (partidario del desalojo de los Saud del gobierno de Arabia y de la toma de las ciudades santas del Islam por occidente) para justificar, a veces mediante argumentaciones espurias, la actual cruzada norteamericana (y europea) por el petróleo y el dominio planetario. Tal expresión apareció por vez primera en 1990 en un artículo de Lewis titulado "*Las raíces de la rabia musulmana*", donde argumentaba que "la falta de respuestas del Islam a los desafíos globales y la amargura que ello provoca entre los musulmanes se transforma en furor contra occidente". Más tarde, el año 1996, Huntington que fuera asesor del consejero de seguridad del presidente J. Carter, Zbigniew Brzezinski, (1927), publicó *The clash of civilizations and the remarking of World order*. Libro basado en un artículo suyo aparecido en la revista estadounidense *Foreign Affairs* el año 1993 como reacción a las tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia y el triunfo sin paliativos del capitalismo liberal y que pronosticaba como corolario el final de los conflictos armados. El profesor Huntington sostiene que los conflictos mundiales (hasta la caída del muro de Berlín) estaban sobredeterminados por el enfrentamiento de dos bloques; el capitalista y el comunista. Oposición que se superponía a cualquier conflicto regional (Angola, Vietnam), configurando un marco previsible de alianzas; incluso en los conflictos internos de muchos estados (Nicaragua, El Salvador) aparecía de algún modo el reflejo del enfrentamiento entre los bloques. El colapso del bloque comunista, expone Huntington, ha propiciado la emergencia de un mundo plural, un mundo de civilizaciones que se mantenía latente bajo la tensión nuclear Este-Oeste. Este resurgimiento y reafirmación de las viejas civilizaciones ha venido acompañado de un alejamiento o rechazo de todo lo que proviene de occidente; así como de un retorno a los más autóctonos orígenes.

nes culturales cuya más profunda identidad arraiga en la religión propia. Las civilizaciones postuladas por Huntington, aparte de la *occidental*, serían; la *islámica* (la extensión del fundamentalismo al tiempo que se abandona el marxismo-leninismo que muchos estados musulmanes asumían durante las décadas de guerra fría); la civilización *china* (con la recuperación de confucianismo junto al maoísmo atemperado de los últimos tiempos); la civilización *japonesa* (que partiendo de la china recorre un camino de tradiciones propias); la civilización *hindú* (cuya vigorosa tradición cultural cuenta con más de 3500 años); la *ortodoxa* (resurgiendo en el vacío ideológico dejado por la extinta Unión Soviética); la civilización *budista* del sureste asiático y las civilizaciones *africana* y *latinoamericana* a las que augura un incierto futuro. En las fronteras comunes entre estas civilizaciones, vaticina, será donde se produzcan las guerras del futuro. Como ejemplo y demostración de sus tesis ya se han producido las guerras de descomposición de la antigua Yugoslavia, la guerra de Chechenia o el enfrentamiento India-Pakistán.

Un nuevo orden mundial, aún por solidificar, surge, basado en las creencias que estas civilizaciones emergentes alimentan; la superioridad respecto a las otras civilizaciones, especialmente sobre la triunfante civilización occidental. Huntington pronostica que, por la vía demográfica (en 2025, de seguir la tendencia, más de un cuarto de la población mundial será musulmana) o por la vía económica (para el 2025 Asia incluirá a siete de las economías más potentes del planeta) o bien por la vía de la militancia terrorista (creando inestabilidad global), el poder y los controles que hoy impone la civilización occidental se desplazarán hacia las civilizaciones no occidentales, dominando éstas la política global. Los principios éticos y los valores *universales* de occidente no pueden sostenerse tras el retorno de las culturas autóctonas y la indigenización del mundo. Para las civilizaciones no occidentales la democracia o la Declaración *Universal* de los Derechos Humanos son tan sólo creaciones y creencias de occidente, y en ningún caso *universales*.

Huntington retoma la vieja teoría de Toynbee según la cual los actores principales del siglo XXI serían las civilizaciones y no los estados-nación; éstos seguirán siendo actores poderosos pero los conflictos de la política global se darán entre naciones o grupos de naciones pertenecientes a diferentes civilizaciones. A todo lo anterior, añade Huntington, un pronóstico inquietante; “los conflictos entre civilizaciones son inevitables”.

Por otra parte, el Presidente del Gobierno de España, José Luis Rodríguez Zapatero, ha propuesto como solución a los conflictos entre occidente y las demás civilizaciones, una *Alianza de civilizaciones*. Esta idea recupera la propuesta que el presidente de la república islámica de Irán, Muhammad Khatami presentó seis años antes en la ONU en la que proponía desarrollar un *Diálogo de civilizaciones*, para lo cual se fijó el año 2001 como año oficial para el diálogo y se compuso una agenda de trabajo, que incluía como puntos fundamentales la cooperación antiterrorista, la corrección de las desigualdades económicas y el diálogo cultural.

La iniciativa que Zapatero expuso en la LIX Asamblea General de las Naciones Unidas, el 21 de septiembre de 2004, encontró apoyo previo del Primer Ministro de Turquía, Recep Tayip Erdogan, así como el respaldo de una veintena de países europeos, Latinoamérica, Asia y África, además de la Liga Árabe. Tras la asunción por parte de la ONU de la iniciativa de Zapatero, Kofi Annán formó un grupo de 18 personalidades de alto nivel, entre los que se encuentran Khatami, Desmond Tutu y Federico Mayor Zaragoza. Sus trabajos se organizarían en dos ámbitos; una mesa que se centraría en “la consolidación de un orden internacional más justo, la promoción de la democracia, el fomento de la cohesión nacional y de los derechos humanos”; apoyar la seguridad mundial mediante la concertación y cooperación internacional en la lucha contra el terrorismo, así como la promoción de un multilateralismo eficaz que permita la aplicación no discriminatoria de las resoluciones de las Naciones Unidas, y la “erradicación del uso ilegítimo de la fuerza como medio para resolver los conflictos”. Una segunda mesa se ocuparía de la cultura como identidad y modelo para el diálogo de las civilizaciones, la profundización de los valores compartidos, el estudio y tratamiento de las amenazas comunes, los flujos migratorios y la presentación de modelos de integración que prevengan los fenómenos discriminatorios y la violencia racial o étnica. Respecto a los medios de comunicación de masas se les solicita su colaboración a fin de proporcionar a todos los pueblos “medios y vías de promover un mejor conocimiento exento de

prejuicios". Por último; "la educación como forma de promoción del diálogo entre las civilizaciones" y la prevención de la intolerancia y el conflicto mediante el "intercambio de experiencias universitarias", la educación escolar y los programas y libros de texto.

Hasta aquí los dos planteamientos opuestos o alternativos. Para analizar ambos conceptos nos apoyaremos en la consideración nietzscheana según la cual todo concepto es metafórico por definición y encubre y descubre un imaginario (conjunto de valores, presuposiciones e ideas preconcebidas) desde el que se funda y determina toda creación conceptual. Como metáforas los conceptos de *choque* o *alianza* de civilizaciones se construyen desde imaginarios diversos y enfrentados que trataremos de explicitar.

En primer lugar vamos a detenernos en el elemento común; las civilizaciones. Por "civilización" el DRAE entiende el "conjunto de costumbres, saberes y artes propios de una sociedad humana". La condición de "civilizada" es un estadio evolutivo de una sociedad. La civilización es así un "estadio cultural propio de las sociedades humanas más avanzadas por el nivel de ciencia, artes, ideas y costumbres". La idea de civilización nos remite a una entidad cultural que aglutina un sentido semiconsciente de unidad, y puede que agrupe en su seno a varias naciones y distintos pueblos. Ya sea *choque* o *alianza* las civilizaciones parecen erigirse en los actores principales del mundo globalizado. Pero, ¿se puede hablar de las civilizaciones como actores unitarios en el mundo actual? Todas y cada una de las civilizaciones clasificadas por Huntington están fracturadas internamente, de modo que difícilmente pueden concebirse como tal "unidad" de la que se espera, al menos, respuestas homogéneas o acciones similares ante un problema común. Por citar sólo algunas podemos ver, por ejemplo, que la llamada *civilización sinica* (China, Vietnam, Singapur, Taiwán, la dos Coreas y la diáspora china por Asia, Pacífico y Occidente) cuenta con rupturas internas potencialmente peligrosas y tan desestabilizadoras como la que pueda darse entre diferentes civilizaciones; Vietnam mantiene un inmenso ejército, fundamentalmente para defenderse de un hipotético ataque chino; Taiwán y China se hayan en constante tensión prebélica, así como las dos Coreas. En la *civilización islámica*, las diferencias entre kurdos, árabes, persas, turcos, pakistaníes o indonesios son casi insalvables; o entre sectas musulmanas, suníes, shíes, sufíes, etc., cada una con diferente visión del mundo, por lo que difícilmente pueden agruparse bajo un único y mismo epígrafe. No otra cosa ocurre con la *civilización occidental*. Puede hablarse de ella como sujeto histórico, pero la fractura entre las tradiciones *católica/protestante* que además se superponen a otras *anglosajón/latino, ario/eslavo, británico/continental*, dio lugar a las crueles guerras religiosas que asolaron Europa durante varios siglos, sin olvidar que los principales conflictos del siglo XX fueron protagonizados principalmente por naciones pertenecientes a una sola civilización.

Civilización es un concepto construido para designar fenómenos sociales tan diversos y evanescentes que, aplicado al presente, pierde toda significación por el simple hecho de que debe acoger bajo su semántica fenómenos tan complejos que prácticamente se diluye su significado. Cuando se apela a una *alianza* (pacto, acuerdo, contrato, etc.) de *civilizaciones*; ¿en qué sujetos se objetiva el concepto civilización? ¿quién/es pactan? Cuando *chocan* las civilizaciones, ¿quién/es chocan?

El término *civilización* encierra dos sentidos, el primero, aplicado al mundo presente; es un concepto que identifica al *otro*, y sirve para designar a un conjunto heterogéneo de culturas con un único punto en común: la religión. En el mundo islámico el enfrentamiento entre sus diferentes sectas alcanza a materializarse como exterminio mutuo (Irak). Sin embargo, desde occidente, se habla del Islam como si se tratara de un concepto unívoco que identifica y nombra a los autores del 11S, 11M ó 7J. Lejos de mantener su carácter generalista y abierto, se construye como concepto reduccionista que unifica realidades diversas y que difícilmente soportan la constricción de una sola palabra unificadora. Un agricultor indonesio desde sus campos de arroz no puede identificarse con un afroamericano del Bronx neoyorquino, converso al Islam por razones políticas, ni éste lo podría hacer con un bereber del Atlas marroquí. Inversamente un ciudadano japonés o de Hong Kong raramente podría identificarse con un campesino aragonés o con un gaucho de la Pampa, a pesar de que todos ellos forman parte de la llamada civilización occidental. Sin embargo, vistas desde la otra civilización, sí que

se unifican esas realidades que cuajan en *civilización enemiga*, el enemigo a destruir. El segundo sentido del término es aplicado al pasado, a las civilizaciones desaparecidas de las que desconocemos sus fracturas internas, desconocimiento que permite, a ojos de la historia, la unificación de fenómenos culturales agrupados, normalmente, bajo la fuerza de un imperio; así podemos hablar de la civilización hitita, maya, greco-romana, etc., de un modo no problemático.

Si el término civilización, ambiguo y equívoco, nombra como unidad algo que apenas se presta a la unificación entonces, ¿porqué se emplea como estandarte de las políticas globales? La razón está precisamente en su carácter ambiguo y confuso el cual permite dejar abierta la designación para incluir bajo su epígrafe los fenómenos más diversos y heterogéneos, a veces contradictorios, posibilitando el establecimiento de UNA política común, global y generalizadora a todo un conjunto variopinto de pueblos y culturas.

Pero si *civilización* es un concepto de límites imprecisos y significación turbia, no otra cosa sucede con los conceptos de *choque* o *alianza*. *Choque*, o mejor dicho, *clash* (en su formulación original en inglés) significa conflicto, desacuerdo, incompatibilidad, pugna, riña, etc. Según el DRAE *choque* tiene tres sentidos; primero es el *encuentro violento de una cosa contra otra*; segundo hace referencia a *contienda, disputa, riña o desazón con una o más personas*; tercero, en el ámbito militar significa: *combate o pelea de reducidas proporciones*.

Si el 11S fue el primer *choque* entre las civilizaciones occidental e islámica se entiende que como trenes *encarrilados* ambas vienen siguiendo la misma trayectoria pero en sentidos opuestos, con lo cual se deduce que el *encuentro violento* entre ambas es *inevitable*, y por tanto se induce a eximir al gobierno Bush de cualquier responsabilidad en los atentados del 11S, diga lo que diga el informe de la comisión del Congreso americano, creada para evaluar los fallos que facilitaron su ejecución, y que hablaba de numerosos indicios y advertencias realizadas por los servicios de seguridad de la Administración, en el sentido de la inminencia de un intento de acción terrorista en suelo norteamericano, tal y como puso de manifiesto el atentado de Al Qaeda en la década de los noventa contra el World Trade Center, en el cual estalló una furgoneta cargada de explosivos en el parking de los edificios. El *choque* remite a un hipotético *complot islámico* para destruir a Occidente como explicación holista de las relaciones con los países árabes. El complot explica la guerra entre el Islam y Occidente o, mejor dicho, entre una civilización moderna que se encamina por la vía del progreso hacia un mundo mejor y otra civilización que no es sino una forma arcaica de barbarie que niega esa vía de progreso pretendiendo el retroceso a planteamientos medievales. Esta teoría da por supuesto que el Islam no se puede modernizar. La historia sólo tiene un sentido y una única vía, la progresiva y permanente modernización, camino *natural* que el Islam pretende desandar para volver a la barbarie premoderna. De ahí lo inevitable del *choque*. Dos trenes en la única vía posible pero con sentidos opuestos, no pueden sustraerse al inevitable choque. Estas deducciones podrán parecer exageradas pero son absolutamente congruentes con lo difundido por los medios de comunicación de masas y por los partidos políticos en Norteamérica.

Recurrir al *choque* o a la *alianza*, en tanto que metáforas, implica, en todo caso, una interpretación previa del mundo. Las metáforas inconscientes (?) como éstas, no son el resultado de una decisión retórica sino la evidencia de una ideología solapada. Como dice Paul Ricoeur en su libro "La metáfora viva", allí "donde la metáfora se borra, el concepto metafísico, se levanta", por ello, desvelar la metáfora implica desenmascarar el concepto ideológico (y propagandístico). El *choque* contra el Islam sugiere *sensu contrario* que Norteamérica es la portadora de los principios y valores de la modernidad, la democracia y la prosperidad, representando en su más alto grado, el progreso hacia el fin de la historia y la utopía de *un mundo feliz*. La lucha no se trata de una guerra convencional sino la *insurrección de las democracias contra la tiranía islamista* o fascioislamismo. El *choque* desemboca en un enfrentamiento maniqueo entre el bien y el mal, en la que cada parte se erige en el Bien absoluto. Mientras el enemigo representa intrínsecamente al Mal. La metáfora del *choque* esconde el prejuicio según el cual el Islam es incompatible con la modernidad y la democracia, lo cual sólo es concebible como consecuencia de una gran ignorancia. Primero; el Islam es mucho más amplio que el mundo

árabe (Indonesia es el mayor Estado musulmán del mundo y no es árabe). Segundo; ¿alguien puede sostener sin sonrojo que Abu Dhabi o Dubai son menos modernos que Texas o Lituania, o que Bahrein es menos democrático que Alabama o Polonia? Sin tener en cuenta la supremacía técnico-militar de EE.UU., ¿puede sostenerse la afirmación de que los “valores americanos”, la ideología *neocon* es el paradigma de la Modernidad? No se debe olvidar que el juramento vigente desde el fin de la II Guerra Mundial (actualmente impugnado ante la Corte Suprema) implica que para ser ciudadano americano hay que creer en Dios. O bien, es moderno que Bush presente su fe cristiana como programa electoral y que profese ideas *tan progresistas* como que el mundo fue creado hace diez mil años y que por lo tanto la teoría de la evolución es falsa. Otros rasgos pragmáticos de la *modernidad* de la Administración Bush podría ser la creación del “Buró de iniciativas fundadas en la fe” o la inclusión por parte del Departamento de Defensa, entre las fuerzas de la Coalición que invadieron Irak, de misioneros de la Iglesia del Pastor Graham, fundamentalista cristiano recalcitrante, cuya misión consistía en la conversión de los infieles iraquíes. Por no hablar de la divisa que el Secretario de Justicia, John Ashcroft proclamó ante el Congreso, como guía de su actividad política: “No tenemos más Rey que Jesús”; o el recorte de los programas profilácticos (en línea con el Vaticano), en nombre de sus convicciones religiosas, por parte del Secretario de Salud, o la vigencia de la pena de muerte en numerosos Estados de la Unión. ¿Cómo es posible hablar de la defensa de los *valores democráticos*, en una nación cuya Constitución no reconoce la soberanía popular, cuyo Presidente es nombrado por una elite y no elegido directamente por los votantes, donde la corrupción parlamentaria no está prohibida sino reglamentada, donde puede incomunicarse a los detenidos e internarlos en campos de concentración (Guantánamo) o cárceles secretas, en el extranjero, donde se practica la tortura; un país en que los directores de los grandes medios de comunicación reciben instrucciones semanales de la Casa Blanca; un país que bombardea o permite que se bombardee a la población civil (Afganistán, Irak, Líbano), que secuestra presidentes elegidos democráticamente (Haití, Panamá) o que financia mercenarios para derrocar regímenes molestos (Cuba, Nicaragua, Venezuela).

Por el contrario el mundo islámico no es como se nos quiere hacer creer. Como reconoce el soberbio libro de Rohan Gunaratna, *Inside Al Qaeda, Global Network of Terror* (Londres, Hurst and Company, 2002) “Al Qaeda es una organización esencialmente *moderna*”. Es moderna no sólo por el hecho de usar teléfonos móviles vía satélite para comunicarse con sus células, ordenadores portátiles o portales codificados en Internet. El 11S demuestra que Al Qaeda entiende sus acciones como pugilatos espectaculares en los que la difusión mediática de las imágenes constituye una parte capital de su golpe. Estrategia que puede ser calificada de múltiples modos pero nunca de medieval, premoderna o trasnochada. Al Qaeda es una *red* (tipo de organización “más flexible y moderno”) mundial que posee avanzadas en las principales capitales occidentales y puestos de retaguardia para el entrenamiento y refugio en regiones del mundo no controladas por ningún Estado. Posee la fuerza que emana de su rechazo al individualismo occidental, incitando al sacrificio personal en aras del bien colectivo. Los ataques contra New York, Washington, Madrid o Londres fueron tratados como actos de *guerra* –pero de una guerra no convencional. Si se admite la metáfora de que los ataques terroristas son parte de una estrategia bélica, entonces fueron ejemplos de una *guerra asimétrica*, de una guerra en la que el débil busca y explota los puntos vulnerables del fuerte. Las secuelas del 11S han generado un nuevo tipo de guerra ilimitada y sin reglas. La anarquía hobbesiana (la guerra de todos contra todos) que brota de los Estados fallidos permite que *ejércitos de terroristas* que no pertenecen a ningún Estado, golpeen el corazón de la mayor potencia mundial. Como respuesta, los EE.UU. y otros regímenes liberales están ejerciendo una vigilancia y control *totalitario* sobre sus poblaciones y sobre el resto del planeta.

En resumidas cuentas la metáfora del *choque de civilizaciones* no es más que un pretexto ideológico que intenta legitimar, recubrir y justificar una política de *gendarme mundial* (otra metáfora) que se han arrogado algunas democracias occidentales bajo el velo de la *guerra global contra el terrorismo*, velo que apenas encubre las vergüenzas de la dominación estratégica de los recursos energéticos.

La *alianza de civilizaciones* no es un concepto menos metafórico que el de *choque*. En política el uso de metáforas revela el sustrato ideológico desde el que se piensa y actúa. El fondo idiosincrásico, la *visión del*

mundo, que subyace a las acciones y pensamientos de los seres humanos (dirigentes) y a las políticas de los Estados es *metafórico* en el sentido de producir un traslado de conceptos entre ámbitos diversos, y en esa operación de trasvase se desvela, lo no dicho queda al descubierto (Lakoff y Johnson, *Metaphor we live by*, 2002). En esta perspectiva el concepto de *alianza*, en su versión original proviene de *aliar*, es decir, conexión o nexo que se establece mediante el *casamiento* y en general hace referencia a la unión de personas o cosas que concurren a un mismo fin (DRAE); *metafóricamente* se refiere a la acción de aliarse dos o más naciones, gobiernos o personas mediante pacto o convención. Se nombra *alianza* en vez de pacto o contrato sólo cuando se quiere recalcar la unión leal de los contrayentes del compromiso. Parece que *compromete* más una alianza que un acuerdo, la unión de los aliados es más íntima e incondicional. Usa la valoración positiva que el imaginario histórico forjó de los ejércitos victoriosos de las dos guerras mundiales. Pero en la práctica la *alianza de civilizaciones* sólo se puede producir por acuerdos entre Estados soberanos, pues su ámbito, sus impulsores y sus apoyos provienen de los Estados y no de las civilizaciones. Su ámbito, las Naciones Unidas, foro o club de Estados; sus impulsores son presidentes de gobierno y sus apoyos son todos estatales, dejando de lado a los pueblos, por lo que sus logros (si los hubiera) se reducirán a acuerdos vagos (para que sean asumibles por agentes tan heterogéneos), respondiendo más al voluntarismo político de sus artífices que a la realidad mundial, que pretende analizar y modificar.